

El Baluarte

Subscription.—Sevilla: Un mes 2 ptas.—
Un año, 20 ptas.—Provincia: Tres meses, 7,50
Ptas.—Un año, 25 ptas.—Pago adelantado.
Número atrasado, 25 céntimos de peseta.

DIARIO REPUBLICANO

REDACCION Y ADMINISTRACION

Lagar núm. 5.

NÚM. 72

Sevilla—Lunes 30 de Marzo de 1903

AÑO XXVII

En período electoral

Ya están disueltas las Cortes liberales y convocadas las Cortes para uso del gabinete maurista, que, si llegan a reunirse, pasarán a la historia con el nombre de Cortes luisino-jesuiticas; y se ha dado el decreto precisamente dos días después de la Asamblea republicana y de la dimisión del ministro que, aparte su significación financiera y la piedra angular de la Hacienda, con el partido conservador representaba en el Gobierno la tendencia liberal, y si no la guerra contra las comunidades religiosas, contenerlas en el límite actual, sin permitirles mayor desarrollo y crecimiento.

Hoy nos hallamos dirigidos por un gobierno clerical, sin atenuaciones de ningún género, hasta el extremo de que se ha apoderado del Estado la tendencia más reaccionaria, la fracción más rabiosa del gobierno en España.

Y un gobierno así constituido obtiene el decreto de disolución, convoca las Cortes para Mayo, y se apresta a hacer unas elecciones generales con el rosario en una mano y la estaca en la otra, contra candidatos y electores que no pertenezcan a la fracción católico-maurista-jesuitica.

Y esa crisis, cuyo brevísimo proceso y rápido desarrollo parece que ha restablecido la paz en el Gobierno, no es sino por escasísimos días, porque todavía siguen en el ministerio Dato con su representación propia y el ministro de Instrucción pública y Bellas Artes, obra de Villaverde y hechura del exministro de Hacienda, que no han seguido a su amigo y correligionario por no crear dificultades mayores al jefe honorario del Gobierno, é inminente la caída del partido conservador, sin sustituto posible en estos momentos en que el otro puntal de la monarquía está perturbado por profundas divisiones y odios tan irreconciliables entre monteristas y moretistas, como los de Maura y Villaverde.

La salvación está en el Ejército, dicen los monárquicos, y las reservas del general Linares, que sigue embozado hasta los ojos; y aquella famosa conferencia con el rey que dió el triunfo al ministro de Marina sobre las reclamaciones de los oficiales, jefes y generales de la Armada; y la forma inesperada de la dimisión de Villaverde, adoptada rápidamente sin consultar al presidente y sin conocimiento de los ministros en la tarde del lunes, cuando salió del regio alcázar, en que se habló de los aumentos en Guerra y Marina; y la forma inusitada con que se va a celebrar la ceremonia de la jura de banderas de los soldados del último reemplazo en la extensión del paseo de Recoletos y la Castellana de Madrid, donde también Alfonso XII revistó las tropas cuando ocurrió el alzamiento de Badajoz, tienen un carácter tan marcado y una orientación hacia el militarismo, que más que un período electoral, en que se debe dejar libre la acción del ciudadano para ejercitar el más preciado de los derechos, parece que el comicio va a convertirse en inmenso cuartel, y el ciudadano entre bayonetas, para ir a un plebiscito como el de 2 de Diciembre, en que triunfó la dictadura sin dictador, bajo el imperio del mauser ayudando al escapulario.

Esto lo han podido observar los representantes que han concurrido a la Asamblea republicana, y deben imponer en sus respectivas provincias a nuestros correligionarios de los peligros que nos rodean: la bancarrota, el clericalismo y el imperio del sable.

A. A.

El Cristo de los luses

Sí, señor; los *luses* tienen un Cristo suyo especial, peculiarísimo, que no es el de los demás cristianos, tanto en sentido real como simbólico.

Los jesuitas, esos grandes corruptores de la piedad cristiana en todo lo que tenía de seria y racional, son los que han ideado ese Cristo para recreo, solaz y pábulo de los fervores místicos de las huestes que acaudillan.

Repasando por encima los escritos de los tratadistas religiosos de los primeros siglos de la Iglesia, se ve más claro que la luz del día al extremo inconcebible a que ha llegado la devoción católica en el fausto período de los Leones, Rampolla y el padre Martín, superior general de la Compañía de Jesús. Entre lo que escribían Tertuliano, Orígenes, Justino, Agustín, Clemente Alejandrino y las sandeces del padre Claret, Sardá y Salvany y Margarita Alacoque, media todo un abismo de ignorancia, superstición y carencia de buen sentido que no se comprende cómo se ha podido salvar. El pietismo cristiano ha recorrido toda la gama de los sonidos místicos. En vida de Cristo se hicieron sonar las fúnebres trompetas del juicio final y los truenos lejanos del aniquilamiento del mundo, aterrizando los espíritus, produciendo el cansancio y hastío de un mundo que se había de abandonar en breve, y soñando todos los consuelos de una futura resurrección, cuya prueba y garantía había de ser la de Cristo.

Los evangelios y escritos de los apóstoles, saturados están de todo esto, y por eso la nota característica del misticismo cristiano primitivo fué la abnegación, el desprendimiento de las riquezas y la penitencia. Murió Cristo, el tantas veces pronosticado fin del mundo no llegó y por ende se vió prorrogada por tiempo indefinido la codiciada resurrección con cuerpos sanos, hermosos y destinados a goces sempiternos. Cristo había dicho:

“No pasará esta generación actual sin que acontezcan todas estas cosas.”

Los que le seguían pusieron su vida en acorde y armonía con estos vaticinios, y entonces fué cuando el espíritu humano, aguijoneado por el terror, produjo las flores más lozanas que puede engendrar el sentimentalismo religioso.

Los apóstoles tuvieron que cargar con la áspera misión de sostener entusiasmos y convicciones que flaqueaban ante esperanzas frustradas, y en sus epístolas procuraron sembrar de misterios, alegorías y simbolismos, las palabras claras, textuales y terminantes de Cristo. Toda la predicación de éste giró siempre sobre este tema: Necesidad de la penitencia a fin de estar preparados para la catástrofe universal próxima é inminente, donde se hará la selección de justos y réprobos, cuyos cuerpos resucitados tendrán destinos muy diversos.

San Juan trazó las páginas lúgubres del Apocalipsis, donde se vierten las mismas enseñanzas, pero donde se proroga el fin del mundo para plazo más lejano, que señaló el año 1000 de la Era Cristiana como término del Universo y propaló la leyenda de un reinado de mil años de los justos con Cristo, sobre la tierra purificada con el fuego destructor, doctrina que tuvo muchos adeptos y que todavía propaló en nuestros tiempos el jesuita chileno padre Lacunza en su libro *La venida del Mesías en gloria y majestad*.

Creando esto las gentes, su misticismo corrió parejas con la citada superstición, y de ahí nació también aquel desprecio del mundo de que se hacía gala en el siglo X por los exaltados, que preparó aquella legión de locos místicos que llenó toda la Edad Media, en especialidad el siglo XIII, y que extendió sus raíces hasta

bien entrado el XVI. Los jesuitas y los janeanistas fueron los primeros que comenzaron a quitar a la mística cristiana la ruda corteza de cilicios, ayunos y disciplinas. Se puso una sordina a las trompetas del Juicio final y, en cambio, se llenó de luces y arrobos embriagadores una gloria fantástica, especialidad suya, y muy parecida al paraíso musulmán.

Las devociones cristianas dejaron de ser tristes, monótonas y macabras, y comenzaron las dulzuras y los deliquios de las visionarias histéricas que recibían en el corazón el ígneo flechazo del amor divino.

Los jesuitas hallaron un filón inagotable en el Corazón de Jesús, la más disparatada concepción mística, y que, sin embargo, ha inundado el mundo piadoso. Se desterró a Cristo crucificado por despertar ideas demasiado tristes, el ritual sobrio de los templos se recargó con flores de trapos, luces de bengala y telones y bambalinas, y en todos los altares, en el sitio donde antes se levantaba la cruz como suplicio del que ellos presentaban como redentor del mundo, y en la que un cadáver exangüe abría sus brazos, apareció un gallardo mancebo, rubio como un tenorino de ópera barata, de barba rizosa y lengua cabellera, respirando amor por todos los poros y exaltando la cálida imaginación de las devotas. El Apolo de Belvedere había sustituido al mártir del Gólgota.

Este es el Cristo que los jesuitas dieron a sus hijas de María y a sus *luses*. Un Cristo delicado, de faz femenina, calcado en los esbozos de un paje medioeval, que para las mujeres puede ser esposo y para los *luses*... también. Por eso he dicho antes que los *luses* tienen un Cristo especial, el que les han fabricado los jesuitas para uso exclusivo, que no el Cristo de la tradición cristiana, el de nuestras viejas catedrales, el que está grabado en los muros de las catacumbas.

En armonía con este Cristo *luis* están las devociones con que se le adora, todas frívolas, perfumadas, sin sentido, que resbalan sobre la epidermis del espíritu sin llegar al corazón, que no pasan de los labios, que no despiertan las almas de su letargo, ni aguijonean la conciencia, ni elevan, ni dignifican, ni limpian. Y como estas devociones son las doctrinas que de ellas se desprenden.

Los jesuitas tienen amarrada a su carro a toda la juventud por medio de estos mitos religiosos. Cuando se apoderaron de las doncellas, creando las Hijas de María, la mujer tomó asco al hogar, huyó de la maternidad, vió en el hombre un sér contaminado, y, decidida a imitar a María en su pureza y virginidad, abominó del matrimonio, pasando sus días en estéril celibato ó en repugnantes devaneos sáficos. La juventud masculina afiliada a las huestes de San Luis Gonzaga, el mancebo melindroso, el lirio immaculado de la Compañía, miró también con asco a la mujer, falseó las corrientes de la mútua atracción de los sexos, y se encargó de perpetuar a través de nuestra sociedad cristiana contemporánea los amores clásicos de Sócrates y Platón, proponiéndose por ideal la asquerosa amistad de Castor y Polux.

Leyendo el catálogo de congregantes que todos los años publican los jesuitas de Madrid, Barcelona, Valencia y Sevilla, asusta ver el formidable escuadrón de jóvenes que el jesuitismo ha arrancado a la virilidad y a la ciudadanía.

El núcleo de *luses* es en Barcelona y Madrid considerable por su número, y en las listas de socios aparecen los apellidos más ilustres de ambas ciudades.

Aquel famoso P. Sanz, que hace poco murió en Madrid, fué el prototipo del director de *luses*. Explotando a la condesa de Rivadeva les construyó un magnífico edificio con todo el lujo y comodidades y

una iglesia muy perfilada y relamida. Para contemporizar un poco con los devotos a la antigua se colocó en la puerta, a mano derecha, la imagen de un Cristo crucificado que, apenas puesto, me dió a la nariz que había de comenzar a realizar estupendos milagros, y así sucedió. Los jesuitas y los mil clarines neos que les sirven de portavoz corrieron pronto la noticia de que aquel Cristo concedía siempre una de las tres cosas que se le pedían, sobre todo durante la Cuaresma, y en especial los viernes. No hizo falta más para despertar el entusiasmo de las muchachas devotas y supersticiosas. Aquella imagen está siempre rodeada de adoradores, las ofrendas caen como lluvia y la puerta del templo atestada de carruajes aristocráticos como en días de ópera de gala en el teatro. El Cristo de San Luis, de Madrid, que entre los madrileños es una cosa parecida al de Belén, de Barcelona, ha caído en el olvido y nadie se acuerda de él. El Cristo de los *luses*, el de barba rubia y gallarda apostura, y el crucificado que tienen a las puertas de su iglesia como mendigo recogido por compasión, son los que cortan en la Corte el bacalao místico.

Nada bueno, serio, ni moral podemos esperar de una religión donde lo absorbe todo un Cristo como el de los *luses*.

¿Y para esto hemos tolerado veinte siglos el cristianismo sobre la tierra?...

FRAY GERUNDIO.

El primer acto

Se dice que por la dirección del partido republicano se proyecta que como primera manifestación pública, como verdadera presentación ante el pueblo del partido republicano, se celebre en un día dado, y a la misma hora todos, mítins de propaganda en cada una de las cuarenta y nueve capitales de provincia.

La idea nos parece excelente y el medio más adecuado de dar a conocer al país la estrecha y sincera unión de los republicanos y de los elementos productores que con las facciones republicanas se unieron en un solo partido, en una común aspiración el día memorable del 25 de Marzo.

Las cuarenta y nueve provincias han tenido importantísima representación en la Asamblea; en las cuarenta y nueve capitales españolas tienen fuerza, arraigo y prestigio por la calidad y por la cantidad los elementos republicanos, para llevar a cabo el hermoso pensamiento en el que seguramente predominará, no la nota exagerada y terrorista, sino la serena y reflexiva afirmación de los principios comunes a todos y la invitación a los correligionarios y amigos a que contribuyan con su concurso personal unos, otros con su bolsillo y otros con su inteligencia, factores los tres indispensables para llegar a la meta de nuestras aspiraciones, porque es necesario que nos presentemos bien, que la democracia requiera el concurso de todos, porque el bien de todos se propone.

El ideal sería desterrar de nuestra patria y borrar del libro de las elecciones en España el privilegio del adinerado que se ofrece a los distritos y a los electores enseñando su bolsa repleta, y que los distritos y los centros electorales eligieran sus candidatos realizando de su cuenta los gastos para que el representante fuera, no lo que es hoy, sino el verdadero mandatario del sufragio, a quien se pudieran exigir las responsabilidades de su gestión, ya por no haber cumplido con sus deberes, ya por haber claudicado ó ya por otras causas que constituyan una infracción u olvido de los poderes recibidos.

Por esto aplaudimos sin rebozo el acto que se propone decretar el señor Salmerón como primera resolución después de

